

LAUTARO YANKAS

ESTAMPAS DE AMERICA

ARAUCO LEGENDARIO Y
PRESENTE

CUANDO EL HOMBRE de nuestra América o el curioso de otras tierras vuelve la mirada hacia los orígenes que impulsaron nuestra formación racial y nuestra conciencia de pueblos responsables, la realidad histórica respira hechizada por la leyenda y a veces confundida con ella. ¿La cultura incaica no nos parece diluida en el mito en el momento mismo de enfrentarse al puñado de aventureros españoles? ¿No sucede algo semejante con el imperio azteca? ¿No constituye asombrosa leyenda la epopeya de Arauco, donde España perdió la flor y nata de sus ejércitos en trescientos años de vano intento?

No sólo porque los historiadores de aquel tiempo mojaron la pluma en el venero romántico, en el lirismo fustigado por un paisaje insólito, sino porque aquella realidad de viejas culturas divinizadas y de entrañada unidad racial, irradiaban una fuerza interior casi alucinadora, es por lo que la mirada encuentra allí, primero que nada, lo maravilloso y grande.

En lo que toca a esta parte de América, la gesta de Arauco tiene su expresión coincidente en el airoso y cálido poema de Alonso de Ercilla y Zúñiga, el capitán español que arribara a Chile con el Gobernador García Hurtado de Mendoza, a raíz de la derrota, captura y muerte del capitán Pedro de Valdivia en la memorable batalla de Tucapel. *La Araucana* recoge la magnética voluntad de una raza que mostró conciencia de su destino y soberbia junto a su ardiente amor por la tierra madre. La bélica historia cantada por Ercilla se confunde, sin esfuerzo, con el mito gracias al espíritu que la encendía. España, asimismo, puso en la hoguera un fervor y un orgullo legendarios.

El tiempo ha transcurrido y el pueblo araucano ha sido motivo de estudios de diversa índole. La figura de algunos de sus toquis (jefes guerreros), ha sido examinada y exaltada desde el mirador histórico-militar o pura-

mente patriótico. Los estudios etnológicos y sociológicos sobre nuestros aborígenes son abundantes.

Quienes visitan nuestro país no tardan en hacernos esta pregunta: ¿Existe todavía el pueblo araucano? ¿Qué ha sido de esa raza?

• • •

Para quien se haya dado el trabajo de seguir, así sea ligeramente, los estudios hechos sobre formación de los pueblos de América, ya no es un misterio el suceso histórico de la aparición de los araucanos, grupo inconfundible, asentado en ambas vertientes de los Andes, desde el Bío Bío al Toltén por el lado chileno, y por el lado argentino en sus latitudes correspondientes. ¿De dónde vinieron? Esto ya es impreciso, aunque hay afirmaciones que establecen su formación migratoria y aglutinada.

La organización de este pueblo llegó a ser respetable ya antes de la llegada de los españoles y luego hubo motivos que contribuyeron a fortalecer la vida de las tribus y a crear cierta unidad nacional frente a las exigencias de una guerra que amenazaba su existencia. "Casi la totalidad de los pueblos y tribus andinos era agricultores sedentarios —expresa Ricardo E. Latcham¹—. En ellos eran las mujeres quienes cultivaban la tierra y atendían las cosechas" . . . "Cuando llegaron los europeos, los hombres ya habían reaccionado contra este estado de cosas y se habían establecido como jefes de familia y en vez de vivir en los hogares de sus mujeres, llevaban a éstas a sus propias moradas". Aspectos del primitivo matriarcado dan a la vida araucana (mapuche) de hoy su carácter curioso, pues vemos que el trabajo de la casa y de la tierra es hecho en gran parte por la mujer. Y si proyectamos un poco el hecho sobre la vida de nuestro pueblo, veremos que la mujer es el peón en la convivencia doméstica. Naturalmente, esto suscita de inmediato un juicio negativo para el indígena, si es observado por una conciencia superficial. Del matriarcado, que involucraba la superior autoridad de la mujer y su responsabilidad, la herencia del apellido y de los bienes, sólo queda hoy la carga del trabajo que el hombre ha mantenido sobre los brazos de su cónyuge, por una razón muy natural.

Desde un superior punto de vista, parece majadero insistir en las excelencias de la organización del pueblo araucano, cuyas prácticas revelan la influencia de culturas que, como la incaica y sus antecesoras, asombraron al

¹RICARDO E. LATCHAM. *Algunos factores básicos para el estudio de*

la sociología prehistórica andina. Lima, 1942.

conquistador español y lo obligaron a respetarlas y aún a imitarlas en muchos aspectos. Demostración de que elementos formales y anímicos de tales culturas habían alcanzado al sur de Chile y prendido en las razas que lo habitaban: el pueblo araucano demostró cohesión, espíritu de lucha, inteligencia, autoridad, entereza y alta dignidad, que los propios españoles reconocieron y elogiaron.

Como sucede con los demás pueblos indígenas de América y de otros continentes, el criollo egoísta, ambicioso y siútico, condena al araucano por holgazán, borracho y ladrón. ¿Qué medida de verdad existe en este duro y beligerante juicio? El indígena que aún sobrevive en nuestra tierra desde el río Bío Bío al Toltén, para no citar sino a los araucanos o mapuches¹, trabaja en labores agrícolas con su mujer y sus hijos. Ya dijimos que la mujer recibe gran parte de la carga; pero el hombre que yo he visto en las trillas de Cautín y Malleco (las provincias trigueras del sur), era un mapuche convencido de la importancia de su trabajo y de su responsabilidad como jefe de familia. Es conveniente decir una vez más que el único y principal trabajo del araucano fue la guerra. Pues bien, hoy no tiene ese trabajo y si ara la tierra pobre que le correspondió en un reparto injusto, lo hace porque el hambre lo amenaza y no porque el Estado lo haya educado para ello. El terreno que les pertenece no alcanza, por lo común, a treinta cuerdas por familia y en esta superficie hay mucho cerro no laborable. He visto cosechas de diez sacos con una siembra de cinco... y de esos diez hay que darle más de la mitad al bolichero del pueblo que prestó la semilla. ¿Qué se guarda para la ruca? Con estos resultados, cuya continuidad en cada año hace del mapuche un propietario mendigo, éste desespera, se embrutece y se entrega a la bebida o al robo. Desamparado frente a la competencia y la rapacidad del criollo o del extranjero que se ha instalado en su vecindad, privado de educación útil para su trabajo y para defenderse mentalmente del traficante y de quien quiera engañarlo, el mapuche decide, a menudo, dar su terreno a medias y así dejar pasar los años. Gobernadores, jueces de indios, alcaldes, etc., pese a su mandato específico de velar por el progreso y la armonía basados en el trabajo y la justicia, olvidan la condición pretérita del indio y más de una vez, sensibles al caciquismo local, han tolerado y aun precipitado atropellos y despojos.

Veamos ahora si el araucano es amigo de lo ajeno. Quien visite las provincias desde el Bío Bío al sur y muestre curiosidad por examinar los expedientes que duermen en los juzgados, verá que, en su mayoría, allí se

¹La población araucana de hoy es estimada en doscientos mil individuos.

plantean juicios por robo de tierras cometidos por criollos o extranjeros en la propiedad de los indios. Hace más de un siglo que están sucediendo estos hechos. Cuando estuve radicado en el sur, hace años, conocí a cierta viuda cuya hija era una temible amazona, que recorría su fundo con revólver al cinto. Cuando no lo hacía ella, era su administrador. La propietaria, de origen extranjero, ha visto crecer su fundo gracias al sistema, muy usado, de correr los cercos al amparo de la noche y de la complacencia funcionaria. Ante una realidad como la descrita, el mapuche quizás podría robar una gallina, un cordero o desgranar algunas gavillas de trigo que no le pertenecen.

El araucano de hoy es aficionado al vino, como lo es el roto, el huaso y la gente media y alta de la ciudad, cada cual en su ambiente y de acuerdo con su educación y su naturaleza. El indio, lógicamente, está inerme contra la tentación del licor. ¿Alguien ha intentado impedirlo? ¡Qué ocurrencia! En tiempos de cosecha, los caminos, las cantinas y las chozas están llenos de mapuches ebrios. Los escasos billetes que reciben del comerciante triguero, que ya les robó en el peso de los sacos, se desvanecen en la cantina, en el triste bodegón. ¿Los turistas no lo han observado? Ah, no, el paisaje es una tarjeta postal con los volcanes nevados al fondo... Desde la conquista española, el indio ha sido corrompido por todos, en un principio porque no era considerado como un ser humano, después porque el negocio era fácil y succulento. Tras el conquistador iba el bolichero, cuyos descendientes claman hoy contra el mapuche ladrón, flojo y borracho. Estos traficantes se instalaban cerca de las reducciones e iniciaban el comercio del alcohol. Preparaban un aguardiente infernal, que denominaban "jamaica", a base de alcohol de madera. Este licor enloqueció a miles de indios, hombres y mujeres, y los arrastró al crimen y a la muerte por la locura. Hoy se les vende un vino barato, que produce en ellos parecido efecto.

Las naciones americanas, en mayor o menor medida, tienen ante sí este problema. Merecen ser estampadas estas líneas del informe entregado por la delegación argentina al Congreso Demográfico Interamericano de México, trabajo publicado en el Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología, en noviembre de 1943: "¿Cuáles son los motivos de la desaparición de las poblaciones autóctonas entre nosotros?. La guerra con el español en la época de la Conquista despobló regiones enteras, particularmente de los indígenas más cultos que, por ello mismo, tenían una más acendrada idea de libertad. Diaguitas y omaguacas sucumbieron así, en la primera hora"... "El contacto, aún pacífico, con el blanco, continuó la destrucción, no sólo

por la introducción de las grandes plagas —viruela, escarlatina, sífilis—, sino por la forma terriblemente destructora en que se manifiestan en el indígena —falta de los “anticuerpos” vitales indispensables— enfermedades que, como el sarampión y la escarlatina, sólo aparecen en la niñez del blanco en forma benigna. El alcohol de baja calidad y alto dosaje ha contribuido, como pocas cosas, a esa caída vertical de la moral indígena ya empobrecida por la injusticia y el despojo a mansalva. *Hoy sabemos que la tristeza, la falta de deseo de vivir, mata como una endemia. Es así cómo han ido desapareciendo nuestros indios*. “Pero habrá que pensar en tenderles la mano y pronto antes que el bolichero procedente de lejanas y exóticas tierras termine con ellos, pues en ellos —y pese a su desmedrada situación actual— está una de las desaprovechadas y cada vez más claudicantes reservas de la argentinidad”.

Los araucanos, pueblo magnífico en el pasado, conservan en el presente una ejemplar dignidad. Necesitan, pues, de la voluntad estatal para recobrar su pulso vigoroso, el pulso de la chilenidad y de la americanidad, que ellos contribuyeron a forjar con su sangre y con su asombrosa historia.